

EL
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por María del Pilar Sinués de Marco.—*Cantares*, por D. Juan Manuel Marin.—*Petro y Camila*, (continuacion), por Alfredo de Musset.—*Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco.—*Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela.

Con este número se reparte un figurin, y el pliego quince del tomo sexto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE TERCERA.

MADRE.

(Continuacion).

VIII.

MÉLIDA Á CLARA.

C... julio de 18...

Bautista se ha empeñado en que busque una aya para los niños, mi querida hermana, y no puedo espresarte cuanto me aflige este repentino capricho suyo.

Dos cosas le pido fervorosamente á Dios cada noche y cada mañana.

Que haga variar de modo de pensar á mi marido, ó que me dé fuerzas bastantes para resistirle en este punto.

¡Soy yo tan dichosa educando á mis ángeles, presidiendo sus estudios, formando, en fin, su corazon para la virtud!

¿Qué aya hará el estudio profundo que yo he hecho de sus caracteres para dirigirlos á cada uno por los medios que me parecen mas convenientes?

Siempre he profesado una oposicion instintiva á la educacion del aya: sobre todo, en nuestro país, es inadmisibles.

En Francia se educa á la mujer de una manera que ella á su vez puede educar á otras mujeres con un éxito brillante: la instruccion de una francesa no podrá ser todo lo moral y cristiana que se desee; pero, en cambio, dá una educacion elegante, y la jóven, que la reciba, podrá brillar admirablemente en un salon: el talento cultivado de la mujer francesa le permitirá estudiar—como es preciso hacerlo—el carácter de su educanda y adoptar con ella el sistema mas á propósito para desarrollar sus buenos instintos y estirpar los malos, si los tiene: le enseñará perfectamente la música, el dibujo, toda clase de labores de adorno y á hacer, á las mil maravillas, los honores del salon y de la mesa; pero todo esto, aunque sea mucho para nuestra buena sociedad, no satisface mi maternal corazon, que desea mucho mas.

En el caso de elegir aya, yo buscara una mujer inglesa: son, á mi parecer, y segun lo que en mis lecturas he aprendido, las mujeres mas á propósito para educar á una jóven en lo que toca á la buena direccion de una casa é igualmente para que haga en la sociedad un buen papel.

Sin embargo, las inglesas saben lo que valen y exigen por su educacion crecidos honorarios que yo no podria satisfacer; y además, la intervencion de una persona estraña entre mi hija y yo, que solo podria admitir en caso de la completa ruina de mi salud, es por ahora inú-



til y la rehusaré en tanto pueda yo llenar mis obligaciones de madre.

Felicia tiene un carácter especial y que sola yo podría manejar: es violenta, y el castigo la exasperaría, por lo que yo evito todo lo posible que tenga frecuentes conversaciones con su padre, que hoy, por desgracia, es violento también, tanto como antes era suave y apacible.

Creo que para educar á los niños con acierto se debe, lo primero, estudiar su carácter y propensiones, y que lo que para unos puede traer la cura radical de malas disposiciones, las puede exasperar en otros.

He procurado, desde que la luz de la razón ha empezado á despuntar en mis dos hijos mayores, formarles el corazón, que es á mi juicio el regulador de todas las acciones importantes de la vida: he hecho comprender á mi hijo que debe ceder en todo lo que sea justo á su hermana, porque ya que tiene el privilegio de la fuerza, debe tener el mérito de la bondad:—«jamás—le he dicho—jamás se humilla un hombre cediendo á una mujer, y dá mas bien una prueba de la fortaleza y de la bondad de su alma, complaciendo á un ser tan débil y tan sujeto á todos los sinsabores de la existencia.»—

En cuanto á Carlos, el mas pequeño de mis hijos, todavía no tiene carácter fijo en su tierna edad de cinco años, aunque ya descubre el corazón mas bello y mas delicado, en mil rasgos que yo recojo con inefable delicia.

¡Ay, hermana mía! me arrebatarán la dirección moral y el cuidado de mis hijos? eso sería mi sentencia de muerte! yo ruego á Dios todos los dias con profundo fervor, con honda angustia que no me haga pasar por esta prueba terrible y superior á mis fuerzas!

Negarte que estoy triste, que padezco, es imposible: tú lo has comprendido demasiado, mi querida Clara; y luego no es una falta el ser infeliz para ocultarlo.

Algunas veces mi valor decae, y pido á Dios que me llame á sí; porque yo no puedo describirte el tormento que es para mí, estando tan débil y tan poco acostumbrada á la lucha, el vivir constantemente al lado de un hombre que siempre está ceñudo y disgustado, que solo habla con acento duro é imperioso, y que me trata como un ser tan inferior á él, que ninguna consideración merece.

Y sin embargo, Clara, no me determino á dejar mi casa y á ir á pasar algun tiempo á tu lado, aunque tanto lo deseo: no! aquí está mi

deber y aquí debo permanecer yo: tal es mi obligación, y mas ahora que veo amagada de un gran peligro la tranquilidad y la dicha de mis hijos.

Hay aquí una mujer... una de esas mujeres fatalmente dotadas por el cielo de todos los atractivos y de los cuales el vicio no es el menor: lleva un título, no sé si verdadero ó falso, aunque mas creo que será lo último que lo primero: esta mujer ha caído entre esta gente llena de pretensiones y de ignorancia como un brillante meteoro, ha deslumbrado á todos y también á mi marido: Bautista, á la manera de un niño, se ha dejado alucinar por la extranjera y se ha disgustado mas de mí que conservo mis costumbres sencillas de la provinciana ó, mejor dicho, de la campesina.

En medio de todo, la vista y la compañía de mis hijos me sirve de consuelo y no me atrevo á llamarme desgraciada: esa alucinación de Bautista pasará, y yo espero que esto llegue, encerrada en mi vida monótona é igual, es cierto, pero tranquila.

Me levanto temprano y yo misma visto y aseo á mis hijos, desayunándome con ellos en el comedor.

Pasamos despues á su habitación donde cada uno toma sus libros, pues aun soy yo felizmente quien dirige sus estudios.

A la una se terminan las lecciones y se visten para comer á las dos: despues de la comida, hay un rato de recreo en el jardín, y yo me retiro á reposar un poco á mi cuarto: Felicia trabaja en sus labores de aguja por la mañana, y por la tarde lee á mi lado los libros que yo le elijo en mi reducida biblioteca.

Por la tarde salimos á dar un paseo solitario: no perdono medio alguno de que mis hijos estudien en el gran libro de la naturaleza: en cada cosa que les sorprende, les hago ver y admirar el poder de Dios: algunas veces, despues de mirar una florecilla, ó la primera estrella que aparece en el horizonte, brota de sus labios inocentes una oración que estoy segura acoge Dios en su inmensa bondad con paternal sonrisa.

A las nueve se cena, y despues rezo con mis hijos las oraciones de la noche y les acuesto en seguida.

Sentada al lado de sus camitas, te escribo de la misma manera que tu lo haces, hermana mía: perdona que no vaya á verte, como desearía, acompañada de mis hijos: ahora soy desgraciada, y la desventura no puede tener otra com-

pañía que las oraciones ni recibir otros consue-
los que los de la religión.

Mis hijos abrazan á los tuyos; recibe su ca-
riño y el de tu hermana

MÉLIDA.

CANTARES.

Soñaba yo con el bien,
Soñaba con tu palabra,
Con tu lealtad y ternura...
¡Santo Dios, cuánto soñaba!

Todos celebran tu pié,
Todos, al verlo, lo alaban.
¡Ninguno siente, cual yo,
En el pecho tus pisadas!

Blancas son las esperanzas
Como tu traje de fiesta;
Mas cuando en el alma mueren
Como tus ojos son negras.

En cambio de tu perfidia,
Solo anhelo, por venganza,
Que me comprendas, y sea
Cuando yo en la fosa caiga.

Juan Manuel Marín.

PEDRO Y CAMILA.

POR ALFREDO DE MUSSET.

(Continuacion.)

El luto de Camila habia terminado en efecto, como le decia el anciano: este habia comprado dos lindos trajes á su sobrina, y, al ver que la jóven no hacia ningun signo de asentimiento para ir á la Opera, fué á buscarlos y se los presentó con aire á la vez tan tierno y tan supli-
cante, que Camila le abrazó como para darle gracias: despues se sentó de nuevo con la triste calma en que se la veia siempre sumergida.

—Pero no es esto lo que yo quiero, dijo el tio; es preciso que te vistas: he comprado ese vesti-
do de raso azul para que le luzcas esta noche! la modista me ha llevado una suma enorme por él! vamos, hija mia, ánímate!

Y hablando así, se paseaba por la habitacion haciendo bailar los trajes en sus manos como si fuesen dos muñecos.

Camila habia llorado bastante para que no desease algunos momentos de alegría. Por la primera vez, desde la muerte de su madre, se levantó, se puso delante de su espejo, tomó uno de los dos trajes que su tio le mostraba, le miró tier-
namente, le tendió la mano, é hizo una pequeña señal con la cabeza que queria decir:—Sí!—

A esta señal, el tio Giraud se puso á saltar como un niño, haciendo resonar sus gruesos za-
patos. Triunfaba! era al fin llegada la hora en que él cumplia sus deseos! Camila queria adornarse, salir con él, ir á la ópera! ver el mundo! á este pensamiento, la alegría le puso fuera de sí y abrazó á su sobrina y corrió á llamar á todas las criadas de la casa.

Empezó el tocador de Camila y, al terminarlo, estaba tan bella, que le pareció reconocerse á sí misma, y sonrió á su propia imágen. El tio Gi-
raud salió en busca de un carruaje, y al volver presentó el brazo á su sobrina: Camila le hizo señal de que esperase: tomó el vestido de luto que se habia quitado, le dobló con cuidado, le besó, le guardó en un armario, y, aceptando el brazo del anciano, salieron los dos.

VII.

Si el tio Giraud no era elegante en su perso-
na, se jactaba á lo menos de hacer bien las co-
sas: poco le importaba que sus vestidos, siem-
pre nuevos y muy anchos, porque no queria es-
tar molesto, le cubriesen como bien les pare-
ciese, que sus medias negras estuviesen mal es-
tiradas, y que su peluca le cayese sobre los ojos. Pero cuando se proponia obsequiar, buscaba siempre lo mas caro y lo mejor: habia tomado aquella noche, para él y para Camila, un her-
moso palco, muy en evidencia, á fin de que su sobrina pudiese ser vista de todo el mundo.

A las primeras miradas que Camila dirigió sobre el teatro y á la sala, quedó deslumbrada: no podia menos de suceder esto: una jóven, ape-
nas de edad de diez y seis años, educada en el campo y que se encontraba de repente trans-
portada en medio de la mansion del lujo, de las artes y de los placeres, debia creer que soñaba.

Se representaba un baile. Camila seguia con curiosidad las actitudes, los gestos y los pasos de los actores: comprendia que aquello era una pantomima y ella deseaba entenderla sin con-
seguirlo: á cada instante, se volvía hacia su tio

con aire estupefacto, como para consultarle: pero este estaba mas pasmado que ella. Camila veia pastores con medias de seda, ofreciendo flores á sus pastoras, amores volteando en los aires, dioses sentados sobre nubes. Las decoraciones, las luces, la araña, sobre todo, cuya luz la encantaba, los adornos de las mujeres, los bordados, las plumas, toda esta pompa de un espectáculo, desconocido para ella, la sumergia en un dulce asombro.

Camila llegó á ser muy pronto el objeto de una curiosidad casi general: su atavio era sencillo, pero del mejor gusto: sola en un gran palco al lado de un hombre tan tosco como era el tío Giraud, bella como un astro, fresca como una rosa, con sus grandes ojos negros y su aire ingenuo, debía necesariamente atraer las miradas. Los hombres empezaron á enseñársela, las mujeres á observarla.

Algunos jóvenes se aproximaron, y los cumplimientos mas lisongeros, hechos en alta voz, á la moda de la época, fueron dirigidos á la recién venida: por desgracia, era el tío Giraud quien recibia estos homenajes, y quien los saboreaba con una risita maligna.

Camila recobró su aire tranquilo; pero poco despues un sentimiento de tristeza la asaltó: sentia cuanto habia de cruel en estar aislada en medio de aquella multitud: las gentes que hablaban en los otros palcos: los músicos, cuyos instrumentos marcaban la medida del paso de los actores: el vasto cambio de pensamientos entre el teatro y los espectadores, todo esto la hacia meditar tristemente: nosotros hablamos y tu no hablas, parecia decirle todo el mundo: nosotros escuchamos, reimos, cantamos, nos amamos, gozamos de todo; tu sola no gozas de nada, tu sola no oyes nada, tu sola eres aquí una estatua, el simulacro de un ser que no hace mas que asistir á la vida!

Camila cerró los ojos, para librarse del espectáculo: se acordaba del baile de niños, donde habia visto bailar á sus compañeras, y donde habia estado al lado de su madre: volvió con el pensamiento á la casa natal, á su infancia tan desgraciada, á sus largos sufrimientos, á sus lágrimas secretas, á la muerte de su madre, en fin, al luto que acababa de quitarse, y que resolvió volver á ponerse. Puesto que estaba desahuciada, le parecia que seria mejor para ella huir para siempre de la sociedad: dominada por este pensamiento, no pudo reprimir algunas lágrimas que el tío Giraud vió correr: miró afli-

gido á su sobrina, y esta le hizo seña de que queria partir: el buen hombre, sorprendido é inquieto, quedó inmóvil, y sin saber qué hacer. Camila se levantó y le mostró la puerta del palco pidiéndole su capa.

En este momento apercibió debajo del palco y en la galería á un joven de bella figura y ricamente vestido, que tenia en la mano un pedazo de pizarra, sobre el que trazaba letras y figuras con un lápiz blanco: mostraba en seguida esta pizarra á su vecino, que era un caballero de edad madura: este parecia comprenderle al instante, y le respondia del mismo modo, con admirable prontitud: los dos cambiaban al mismo tiempo, abriendo y cerrando los dedos, ciertos signos, que parecian servirles para comunicarse sus ideas.

Camila no comprendia nada, ni de los dibujos que distinguia apenas, ni de los signos que no conocia; pero habia notado á la primera mirada que este joven no movia los labios; estaba de pié para salir, pero se detuvo: veia que hablaban un lenguaje que no era el de la voz, y que encontraban modo de esplicarse sin esos sonidos tan incomprensibles para ella, y que formaban la tortura de su pensamiento: cualquiera que fuese este lenguaje extraño, una sorpresa extrema, un deseo invencible de ver mas, le hicieron volver al sitio que habia dejado: se inclinó hácia la barandilla del palco, y observó atentamente lo que hacia el desconocido. Le vió de nuevo escribir sobre la pizarra, y presentar la á su vecino, y ella hizo un movimiento involuntario como para asirla.

A este movimiento, el joven alzó la cabeza y vió á Camila á su vez. Apenas sus ojos se encontraron, se quedaron los dos inmóviles é indecisos, como si quisieran reconocerse: despues, en un instante se adivinaron, y se dijeron en una mirada:

—Somos mudos los dos.

El tío Giraud trajo la capa á su sobrina: pero esta no pensaba ya en irse: habia vuelto á ocupar su silla, y estaba apoyada sobre la balaustrada del palco.

Entonces era cuando el abate de l'Épée empezaba á ser conocido. Lleno de lástima hácia dos sordo-mudas que habia visto por casualidad ocupadas en una labor de aguja, la caridad que llenaba su alma se despertó de repente. En la pantomima informe de estos seres desgraciados, él habia encontrado los gérmenes de una lengua fecunda, que creia poder hacer univer-



sal. Como la mayor parte de los hombres de genio, había quizá hallado el éxito demasiado pequeño para lo que él deseaba: empezó enseñando á las dos sordo-mudas á leer y á escribir: y les volvía á colocar en el número de los vivientes: solo y sin ayuda, tomó á su cargo el hacer una familia de estos desgraciados, y se preparaba á emplear en este proyecto su vida y su fortuna mientras que el gobierno les dirigía una mano protectora.

El jóven, sentado cerca del palco de Camila, era uno de los discípulos formados por el abate: noble, y de una antigua casa, dotado de una viva inteligencia, pero herido de la *demi-mort*, como se decía entonces, había recibido uno de los primeros la misma educación poco mas ó menos que el célebre conde de Solar, con la única diferencia de que él era rico, y no corría el riesgo de morir de hambre, por el olvido del duque de Penthièvre.

Independientemente de las lecciones del abate, se le había dado un ayo, que siendo un seglar, podía acompañarle á todas partes, velar sobre sus acciones, y dirigir sus pensamientos: este era el caballero que se hallaba á su lado y que leía sobre la pizarra.

El jóven aprovechaba con gran cuidado y no menos aplicación estos estudios diarios que ejercitaba su ingenio sobre todas las cosas, en la lectura, como en la equitación, en la ópera como en la iglesia; sin embargo, un poco de orgullo nativo y una independencia de carácter muy pronunciada luchaban en él con su aplicación; nada sabía de los males que hubieran podido alcanzarle, si hubiese nacido en una clase inferior, ó solamente como Camila en otro lugar que en París. Una de las primeras cosas que se le habían enseñado, luego que había empezado á deletrear, había sido el nombre de su padre, el marqués de Maubray: sabía, pues, que era á la vez diferente de los otros hombres por el privilegio del nacimiento y por una desgracia de la naturaleza. El orgullo y la humillación se disputaban aquel claro talento, al que iba unida una gran generosidad.

El jóven marqués sordo-mudo, observando y comprendiendo á sus iguales, iba tambien á Versalles, y en aquellos espléndidos salones, llenos de cortesanos, era mirado con interés por mas de una linda marquesita. El espectáculo acabó; Camila tomó el brazo de su tío, y se marchó pensativa.

Inútil será decir que Camila y el tío Giraud, ignoraban absolutamente el nombre del abate de l'Epée y que no sospechaban siquiera el descubrimiento de una ciencia nueva que hacía hablar á los mudos. Mme. de Arcis le hubiera conocido al instante si hubiera vivido: pero Chardonneux está lejos de París. El caballero no leía los periódicos, abstraído en su dolor: de este modo ignoraba por completo lo que podía aliviar de un modo tan poderoso la desgracia de su hija.

Al volver á su casa, Camila no tenía mas que una idea: lo que sus gestos y sus miradas podían decir, lo empleó para explicar á su tío que necesitaba ante todo una pizarra y un lápiz. El buen hombre se vió muy embarazado con esta petición, pues era la hora de cenar, y él sentía gran apetito: corrió á su cuarto, y persuadido de que había comprendido bien, trajo en triunfo á su sobrina una pequeña tabla y un pedazo de yeso, reliquias de su antiguo amor por la edificación y la carpintería.

Camila no se quejó de ver su deseo satisfecho de este modo: tomó la tabla sobre sus rodillas, é hizo sentar á su tío á su lado: despues le obligó á tomar el yeso y le asió la mano como para guiarle, al mismo tiempo que sus miradas inquietas se preparaban á seguir sus menores movimientos.

El tío Giraud comprendió que Camila podía que escribiese alguna cosa; pero ¿qué? él lo ignoraba.

—¿Es el nombre de tu madre? ¿el mio? ¿el tuyo? le preguntó. Incluyó Camila la cabeza: el buen hombre creyó que había adivinado: escribió, pues, en gruesas letras el nombre de Camila: despues, satisfecho de sí mismo, y estando la cena pronta, se colocó en la mesa sin esperar á su sobrina.

Camila no se retiraba nunca, hasta que su tío acababa su botella, le miró cenar, le dió las buenas noches, y se retiró á su cuarto llevándose la tabla y el yeso.

Así que hubo corrido el cerrojo, se puso á escribir comenzando á copiar con un cuidado y una pena infinitos la palabra que su tío acababa de trazar, y á llenar de blanco una gran mesa que estaba en medio de la habitación.

Despues de muchos ensayos y correcciones, pudo reproducir bastante bien las letras que tenía delante de los ojos. Entonces, para asegu-

rarse de la exactitud de su copia, contó una á una las letras que le habian servido de modelo y se paseó alrededor de la mesa con el corazón palpitante de contento como si hubiera alcanzado una victoria.

La palabra *Camila*, que acababa de escribir, debía, á su parecer, espresar las mas bellas cosas del mundo. En esta palabra sola, creía ver una multitud de pensamientos, todos mas dulces, mas misteriosos, mas encantadores los unos que los otros y estaba lejos de creer que no significaba mas que su nombre.

Era el mes de julio: el aire estaba puro y la noche magnífica. Camila abrió su ventana y se quedó junto á ella soñando con los cabellos destrenzados, los brazos cruzados, los ojos brillantes, bella con esa palidez que la claridad de la noche presta á las mujeres; la pobre niña miraba una de las mas tristes perspectivas que pudiera tener ante su vista. El estrecho patio de una gran casa donde estaba establecida una empresa de diligencias; en este patio frio, húmedo y mal sano, jamás habia penetrado un rayo de sol: la altura de los pisos, amontonados el uno sobre el otro, defendía contra la luz esta especie de cueva.

Cuatro ó cinco enormes carruages apretados bajo un cobertizo, presentaban sus lanzas al que quería entrar: otros dos ó tres en fila que se veían en el patio, faltos de sitio, parecían llamar á los caballos: encima de una puerta cerrada desde la media noche para los habitantes, pero siempre pronta á abrirse á todas horas al chasquido del látigo de un postillon, se elevaban enormes murallas guarnecidas de unas cincuenta ventanas, donde nunca, pasadas las diez de la noche, brillaba una bugía, á no ser en circunstancias extraordinarias.

Camila iba á separarse de la ventana, cuando de repente en la sombra, que proyectaba una pesada diligencia, le pareció ver pasar una forma humana, vestida de un modo brillante y que se paseaba á pasos lentos: el frio del miedo se apoderó de ella sin que supiese la causa, pues su tío estaba en la estancia inmediata, y la vigilancia del buen hombre se rebelaba por su ruidoso sueño: ¿qué apariencia tenía por otra parte de ladrón ó asesino el que iba á pasearse en aquel patio con semejante traje?

El hombre estaba allí y Camila le veía: andaba por detrás del carruaje mirando á la ventana, donde ella estaba. Despues de algunos instantes, Camila recobró su valor: tomó su luz

y adelantó el brazo fuera de la ventana, alumbrando súbitamente al patio: al mismo tiempo dirigió una mirada medio de espanto, medio risueña. La sombra del carruaje, que se hallaba en lo escuro, se convirtió en el marqués de Maubray, que estaba completamente descubierto, y que por toda respuesta puso una rodilla en tierra, juntando sus manos y mirando á Camila en la actitud del mas profundo respeto.

Quedáronse así algunos instantes, Camila á la ventana, sosteniendo su luz, el marqués de rodillas delante de ella: despues se levantó, subió sobre uno de los pesados coches, y desde allí saltó con facilidad á la ventana de Camila penetrando en seguida en el aposento.

Cuando el marqués de Maubray se halló delante de la jóven, comenzó por hacerle un saludo tan ceremonioso como si se hubiera hallado en las Tullerías. Si hubiera sabido hablar, quizá le hubiera contado cómo se habia escapado á la vigilancia de su ayo para venir á pasar la noche debajo de su ventana, habiéndola seguido cuando ella habia salido de la Opera: cómo una mirada de Camila habia cambiado su vida entera: cómo, en fin, no amaba mas que á ella en el mundo, y no ambicionaba otra dicha que ofrecerle su mano y su fortuna: todo esto estaba escrito en sus lábios; pero la reverencia de Camila, volviéndole su saludo, le hizo comprender cuánto semejante relacion hubiera tenido de inútil, y que le importaba poco el saber cómo habia hecho para llegar hasta allí desde el instante en que habia llegado.

M. de Maubray, á pesar de la especie de audacia de que habia dado pruebas para llegar hasta la que amaba, era, ya lo hemos dicho, sencillo y reservado: despues de haber saludado á Camila, buscó en vano de qué manera le preguntaría si le admitía por esposo; ella no comprendía nada de lo que trataba de explicarle: vió sobre la mesa la madera en que estaba escrito el nombre de *Camila*; tomó el pedazo de yeso, y al lado de este nombre escribió el suyo: *Pedro*.

—¿Qué quiere decir esto? gritó de súbito una gruesa voz de bajo: ¿qué cita es esta? ¿por dónde os habeis introducido aquí, caballero? ¿qué venís á hacer en esta casa?

Era el tío Giraud el que hablaba entrando de bata y con aire furioso.

—Magnífico! continuó: ¿quién sois que hallais tan sencillo el escalar las ventanas? ¿cuál es vuestra intencion? deshonrar una familia!

arrojar el oprobio y la infamia sobre gentes honradas! ¡Pero calla! este tampoco me entiendo! prosiguió Giraud en el colmo de la exasperación.

El marqués tomó un lápiz y un pedazo de papel y escribió esta especie de carta.

—«Amo á la señorita Camila: yo quiero casarme con ella: tengo veinte mil libras de renta: ¿quereis dármele?»

—No hay como los mudos, dijo el tío Giraud, para llevar los negocios de prisa.

—Yo solo soy su tío, escribió el anciano, después de algunos momentos de reflexión: es preciso pedir el permiso á papá.

IX.

No era una cosa fácil de obtener del caballero el consentimiento para semejante matrimonio, no por que él no estuviese dispuesto como se ha visto á hacer todo lo que fuera posible para hacer á su hija menos desgraciada: pero se trataba de unir una mujer marcada de un modo terrible á un hombre herido de la misma desgracia, y si tal union debía tener frutos, era probable que no hiciera mas que dar algun infortunado mas al mundo.

Mr. de Arcis, retirado en su casa, siempre preso de la mas negra tristeza, continuaba viviendo en la soledad. Mme. de Arcis estaba enterrada en el parque: algunos sauces llorones rodeaban su tumba y anunciaban de lejos á los paseantes el modesto sitio donde reposaba.

Hacia aquel lugar era donde el caballero dirigia todos los dias su paseo, allí pasaba largas horas devorado de pesar y de tristeza y entregándose á todos los recuerdos que podian alimentar su dolor.

(Traducción).

(Se concluirá).

María del Pilar Sinnés de Marco.

REVISTA DE LA SEMANA.

Desventuras.—El público.—Un drama y una zarzuela.—Catástrofes.—¿Qué país!—Un país de abánico.

Continúan las semanas fatales.

Cada paso es un tropiezo, y cada tropiezo una caída.

Y para caídas, las del público respetable.

Decidle al público siempre respetable: tengo el honor de presentarle á V. un drama en tres actos, en verso, escrito por D. Antonio García Gutierrez, prohibido por Serra, aprobado por Ayala, Sanz, Villergas, Hartzenbusch, y Ferrer del Rio, representado por Valero, Pizarroso, Fernandez, y pintado por Ferri y Busato, impreso por Gullon..., ahí está! ahí está el gran drama de la época!

Y el público se queda frio como un muerto, y dice con la mayor frescura:

—¡Hombre! pues no me ha gustado!

¿Qué tal? Fiese V. en el público y verá lo que le pasa. Fiese V. en los dramas y verá lo que pasa por V.

Continuemos.

En esta semana se ha estrenado *El Capitán negrero*, zarzuela en tres actos que le ha gustado al público respetabilísimo, que ha aplaudido al autor, á los actores, á los pintores, al músico.

Váyase lo uno por lo otro.

Yo me alegro de las muestras de aprobación que se dirijen al autor del *Trovador* y del *Rey Monje*.

Qué mas ha sucedido en esta semana desdichada?

Poca cosa.

Una muchacha se ha suicidado con fósforos.

Un cochero ha atropellado á dos aguadores.

Dos amigos íntimos se han abierto el vientre para darse la última prueba de cariño inmenso.

Dos periodistas se han batido.

Una casa de la calle de la Princesa se ha venido al suelo.

Ha habido una explosión de gas en la calle de Lope de Vega.

A parte de estas frioleras, la semana ha sido tranquila y sosegada como ninguna.

De algun tiempo á esta parte, los periódicos no refieren mas que desventuras; pero desventuras tales, que la sangre se hiela en el pecho al escucharlas y se pregunta uno á sí mismo. ¿Qué país es este?

A lo cual responde un amigo mio:

—Este es un país... de abánico!

Y á propósito de historias de abánico, queridas lectoras, tengo una historia que referiros.

Roman, pintor de profesion, amaba ciegamente á Carlota, que era una modista hechicera, aunque un poco frívola como la generalidad de las modistas.

Carlota era la inspiradora del artista. Esto prueba la vida feliz al lado de aquella *blanca paloma de los valles*, como él la llamaba cuando estaba inspirado.

Un dia... ¡casiago dial se presentó en la escena un señor gordo, encarnado como un pavo,



y rico como un prestamista á peseta por duro.

Aquel mónstruo, con pantalones, venia á ser la serpiente del paraíso en que Roman era el primer hombre.

Carlota se dejó querer.

El señor gordo la alejó de Roman.

Roman, desesperado, quiso pegarse un tiro... pero no tenia rewólver.

Carlota se casó con el señor gordo.

Este señor gordo satisfacía los menores caprichos de la preciosa niña; y uno de los caprichos que la niña tuvo el día de su santo, consistía en un abanico de *haute nouveauté*.

El esposo craso fué con la esposa caprichosa á una tienda de abanicos y paraguas.

Eligen, miran, repasan, revuelven todos los abanicos de la tienda.

—¡Este! dice Carlota; y toma uno que huele á mil flores.

¡Pero cuál no sería su sorpresa al verse retratada en el país del abanico, sentada con su esposo, fenómeno, á un velador maquero, tomando una jícara de chocolate?

Momento supremo. Carlota palidece...

Ya han adivinado ustedes el final de la escena, ¿verdad? Ya dicen ustedes: ¡se desmayó! conoció su falta, volvió á amar á Roman, lloró su pecado...

Pues no, señores míos.

Carlota tomó el abanico... y se hizo aire.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION

DEL FIGURIN.

Trages de ópera y soirée.

Fig. 1.^a Vestido de dos faldas: la primera es de glasé azul y blanco á rayas: la segunda de granadina azul: esta lleva en la costura de cada paño un adorno, compuesto de una tira de tafetan azul, recortada en picos por ambas orillas: cada pico está sostenido por una cuenta azul gruesa: la tira está sujeta por un cordón de seda azul que remata en largas lazadas y cabos flotantes con borlas: en los paños de los costados, esta segunda falda se halla un poco levantada.

Cuerpo de granadina azul.

Mangas cortas del glasé listado que forma la primera falda, con hombreras de tafetan azul, formando picos sujetos con cuentas.

Camiseta plegada de tul blanco.

Peinado alto, sujeto por dos cintas de plata mate, de las que sale una corona pequeña

igualmente de plata, pero adornada de pedrería.

Brazaletes y pendientes muy ricos.

Fácil es conocer que este traje sirve solo para señora jóven: sin embargo, una señorita lo puede usar, suprimiendo las ricas joyas y reemplazando la corona con cintas azules en el cabello.

Fig. 2.^a Vestido de glasé blanco adornado en la falda por cinco bieses de glasé punzó, terminados por una franja de madroños: formando ondas sobre estos bieses, va colocado un dibujo de glasé punzó recortado, figurando hojas de trébol: cada una de estas ondas ocupa un paño de la falda.

Coselete de glasé muy bajo: hasta el escote sube una camiseta de tul blanco: desde el talle hasta la cenefa recortada de la falda, hay dos bandas de glasé punzó, sostenidas por racimos de cinta negra: hombreras de cinta negra y punzó.

Aderezo de coral: sarta de lo mismo en el cabello, y además una pequeña corona, también de coral, puesta un poco hácia atrás.

Este traje es muy bonito para recién casada, y aun para señorita, pues el coral y las perlas son propios para las jóvenes.

Fig. 3.^a Vestido de raso gris, adornado de encages negros: cinco de aquellos forman pabellones al derredor de la falda: otros suben haciendo delantal.

Cuerpo escotado.

Mangas cortas con lazos de encage.

Prendido de rosas de musgo y perlas entrelazadas con el cabello.

El raso y los encages dicen que este lindísimo equipo se ha inventado espresamente para señora jóven.

Fig. 4.^a Trage para señora: vestido negro de gros parisien, adornado en la parte inferior de la falda con medallones de pasamanería terminados en borlas.

Manteleta de encage negro.

Prendido de violetas con follage.

Para una jóven y bella viuda es este un lindo modelo: si agrada á una señora de edad avanzada, no necesita mas que mandar hacer alto el cuerpo escotado del vestido, y suprimir el tocado de flores.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



688

Imp. Marion.

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons.

Coiffures de Pireus, 6, rue Castiglione. Fleurs de Guélot, 5, rue St. Augustin. Robes de la M^{me} Carpentier, 1, Louis-le-Grand. Corsets de Dosselin, 1, rue Louis-le-Grand. Bijoux de Ch. Menard & Sainres, 1, rue de Rivoli. Parfums et Savons de toilette de Violet, fourn. de S. M. l'Impératrice. Machines à coudre Martougen, boulevard Sebastopol, 20.